

# Segunda Generación

Howard Fast



Con la publicación de «Los inmigrantes» —un libro «de lo más maravilloso», según Harlan Ellison, de «Los Angeles Times»—, Howard Fast demuestra nuevamente que es uno de los más populares novelistas norteamericanos. En «Segunda generación» —continuación de «Los inmigrantes»— se siguen narrando las peripecias de Dan Lavette, el joven italiano que, tras perder a sus padres en el terremoto de San Francisco, hizo una brillante y tumultuosa carrera. La obra abarca un período histórico más dramático aún que el de «Los inmigrantes»: desde la Depresión, hasta la Segunda Guerra Mundial. El personaje central es aquí Barbara Lavette, la hija de Dan y Jean, su aristocrática primera esposa. Barbara es una muchacha alta y hermosa, en la que confluyen los diversos orígenes de sus padres y que desdeña la esfera social de su madre, por lo cual decide buscar por sí misma su camino en la vida, decisión que la lleva a una Europa que se encuentra al borde del terror nazi, al amor, a la tragedia, a sufrir las consecuencias de una guerra mundial...

Para Jerry y Doltz

## Primera parte

---

### La vuelta a casa

---

La barca con la que Pete Lomas salía a pescar la caballa era un viejo remolcador alimentado con carbón, comprado en 1919 de los excedentes de guerra. Le costó muy barata, por lo que Pete pudo sustituir su enorme caldera, que vendió a un chatarrero, por un motor de fuel. Le puso el nombre de *Golden Gate*, metió en ella a su mujer, sus hijos y todos sus enseres y zarpó de la bahía de San Francisco rumbo a San Pedro. Allí alquiló un amarradero y se dedicó a la pesca de la caballa. Pero su esposa enfermó de asma, y el médico dijo que la zona de San Francisco era demasiado húmeda para ella, por lo que Lomas compró una casa en Downey, en el condado de Los Angeles.

Lomas salía a pescar con una tripulación de tres hombres y se defendía bastante bien hasta que llegó la Depresión. Incluso en 1929 aún conseguía ganarse la vida con el barco y pagar a sus hombres un jornal decente. Años antes, Pete Lomas había trabajado para Dan Lavette, en calidad de capitán de su flota marisquera, con amarre en el muelle de Pescadores de San Francisco, y cuando, en 1931, encontró a Lavette en el muelle de San Pedro, arruinado y hambriento, le ofreció trabajo. Ahora, en 1934, Dan llevaba ya tres años trabajando para Lomas.

Aquel día, primero de junio de 1934, Dan Lavette desembarcó a las diez de la mañana, subió a su automóvil, un

«Ford» sedán 1930, y se dirigió a su casa de Westwood, donde vivía con su segunda esposa, May Ling, una china nacida en Norteamérica, su hijo Joseph y sus suegros. La casita estaba situada a unas cuantas calles del campus de la Universidad de California, en Los Angeles, en cuya biblioteca trabajaba May Ling.

Dan era corpulento, de un metro noventa de estatura, corpulento pero sin grasa, de anchos hombros, piel tostada y curtida por el sol y el salitre, pelo rizado, casi todo gris, ojos oscuros, cejas rectas, pómulos salientes y boca grande.

Para los otros dos miembros de la tripulación. Dan era un pescador competente, callado y de agradable trato. Nunca se enfadaba ni se quejaba, por penosas que fueran las condiciones de trabajo, lo cual, para un pescador, era algo extraordinario. De su pasado sólo sabían que años antes había pescado con Pete Lomas en la Bahía de San Francisco. Uno de ellos era chicano, y el otro, un italiano que apenas hablaba inglés, y ninguno de los dos era curioso. Y Lomas, que sabía acerca de Dan Lavette bastante más que ellos, no hacía comentarios.

El chicano, un tal Juan González, de veintidós años, era lo bastante despierto como para darse cuenta de que Dan Lavette era distinto a los demás pescadores del puerto. Un día le dijo:

—Danny, ¿cómo puede un hombre como tú darse por satisfecho con tirar de las redes?

Dan se encogió de hombros.

—Soy pescador. Siempre lo fui.

—Pronto serás viejo. Lo que es yo, maldito si me paso la vida en un barco de pesca, ganando veinte o treinta dólares a la semana, para acabar hecho un perdulario en el muelle.

—Yo he sido perdulario en el muelle —repuso Dan—, y prefiero pescar.

Aquel día, mientras se dirigía a su casa en el coche, Dan pensaba en aquella conversación. ¿Le gustaba realmente lo que hacía? ¿Disfrutaba con su trabajo? Habían tenido una noche muy mala, fría y lluviosa, y se había producido un tirón en un músculo del hombro. Le dolía todo el cuerpo y estaba deseando llegar a casa para darse un buen baño caliente. Se dijo que era todo lo feliz que puede ser un hombre. Estaba en paz consigo mismo. De todos modos, no era más que un pescador que ganaba de veinte a treinta dólares semanales y ya tenía cuarenta y cinco años.

Cuando Dan llegó a Westwood, se había levantado la bruma de la mañana y el cielo estaba despejado. En el jardín estaba su suegro, Feng Wo, cultivando sus adorados rosales. El hombre le saludó ceremoniosamente, como siempre.

—¿Está usted bien, Mr. Lavette? —así le llamaba siempre.

—Cansado.

—Tiene usted carta de su hija Barbara.

Dan asintió.

—Antes de leerla tomaré un baño.

Dan, sumergido en el agua, sentía cómo su cuerpo iba recobrando la fuerza y el bienestar. Dentro de unas horas, May Ling llegaría a casa, y él, sentado en la butaca, escucharía su relato de lo sucedido aquel día en la Universidad. Ella desmentía la idea generalizada de que en una biblioteca no se oyen más que cuchicheos; todo lo que May Ling veía, adquiriría un especial dramatismo. Cada día de su vida era una nueva aventura. Aquella noche se había roto una de las redes de arrastre. Dan odiaba las redes de arrastre, en las que la caballa quedaba prendida por las agallas. Tuvo que pasar una hora empalmando el boquete, con el agua hasta el pecho, mientras los peces agonizantes le azotaban las manos con la cola. Sin embargo, Dan era incapaz de expresar con palabras lo que sentía. May Ling, por el contrario, hacía un mundo del hecho más trivial.

Dan se frotó el cuerpo con la toalla. Se sentía relajado y deliciosamente cansado. El *Golden Gate* permanecería en puerto hasta el día siguiente por la mañana, mientras se remendaban las redes, de modo que Dan disponía de un largo día de asueto y de toda una noche, en la que podría dormir a placer en una cama limpia, en vez de dormitar un par de horas en la húmeda litera del camarote. Él y su hijo jugarían a las damas. May Ling leería un libro, y de vez en cuando les miraría sonriendo. ¡Diablo! Aquello era más de lo que uno podía pedirle a la vida.

Con su camisa y pantalón limpios, Dan bajó a la cocina, donde So-toy, su suegra, le había servido una taza de té y un trozo de pastel. Al lado del plato estaba la carta de Barbara.

—Con su permiso —dijo a So-toy.

A pesar de los muchos años que llevaba en América, la mujer apenas hablaba inglés. Se limitó a sonreírle con gesto de aprobación mientras él abría el sobre y se sentó al otro lado de la mesa. Al principio, Dan se sentía incómodo viviendo con aquellas dos personas que le miraban como a un dios. Ahora estaba acostumbrado.

*Papá* —decía la carta; siempre, sólo esta palabra, como si expresara más que cualquier adjetivo y, sin embargo, una palabra que ella sólo le había dicho una vez, cuando se vieron un año antes—:

*Las cosas han terminado, pero he querido escribirte antes de salir de Nueva York para San Francisco ya que, como recordarás, durante los últimos ocho meses te he escrito siempre desde aquí y quiero completar así nuestra correspondencia de este curso. Siempre me dices que no eres aficionado a escribir cartas, y en verdad, tus cartas son cortas, pero yo las guardo como un tesoro. Y si alguien me pregunta por mi padre, porque me preguntan, ¿sabes?, yo*

siento la tentación de decirles que muchas cosas las sé de él por sus cartas. ¿No te parece extraño?

Lo cierto es que las clases han terminado. Ha sido un año estupendo, y el «Sarah Lawrence» me gusta; pero no sé si volveré. Es raro que yo lo diga, ¿verdad? Hace una semana que trato de averiguar qué es lo que me pasa. ¿Nunca te has sentido feliz, pero con un gusanillo que te va royendo por dentro? No debería preguntártelo, después de haberte visto con May Ling y de saber lo felices que sois y que no podéis tener ese gusanillo. Y es peor, porque no consigo explicarme la causa. ¿Se puede ser feliz y estar descontento a la vez?

Pero ahora, al leer lo que acabo de escribir, se me ocurre que «feliz» no es la palabra adecuada. Jenny Brown, una de mis compañeras de cuarto, tiene días de un humor muy negro y no comprende por qué estoy siempre tan alegre. Sin duda, ésta es la palabra. Alegre describe mucho mejor que feliz cómo me siento, pues aunque me doy cuenta de que en mí hay algo que no anda bien, no me siento deprimida. Pero cuando vuelva a casa voy a dar dos pasos decisivos. Le diré a mamá que quiero vivir sola y buscaré un empleo. Tal vez esto último tenga que hacerlo antes que lo primero, ya que depende de mamá el que yo siga recibiendo mi asignación. De todos modos, me da vergüenza haberte de esto, ya que mi asignación es más de lo que merece cualquiera, sin trabajar para conseguirla. Todo esto es para que cuando vaya a verte, sepas cómo están las cosas, porque hace ya mucho tiempo que fui a Los Angeles, y cada vez que lo pienso se me saltan las lágrimas y me emocionano. Pero en cuanto llegue a casa iré a verte a Westwood, te lo prometo.

Estoy deseando volver a ver a Joe. Es raro tener un hermano al que no has visto más que una vez en la vida. ¡Y él me cayó tan bien! ¿Cómo es posible tener dos hermanos tan diferentes como Tom y Joe? Desde luego, no hace falta que nadie me lo diga. Quiero mucho a Tom, pero es un en-

*greído. Se gradúa este año en Princeton. ¿Sabes que está furioso conmigo porque no me quedo en Boston con la familia de mamá hasta el día de la graduación? Yo no quiero quedarme porque no tengo interés en asistir a la graduación y, por otra parte, tampoco me apetece hacer el viaje dos veces en menos de un mes.*

*De todos modos, esperar dos semanas me pareció mucho tiempo. Tengo tantas ganas de llegar a casa, de ver San Francisco y de veros a ti, a Joe y a May Ling que es la persona más encantadora del mundo, y a sus padres, que más parecen dos personajes de novela que personas reales.*

Firmaba la carta «Barbara», como si las fórmulas de despedida estuvieran de más, después de todo lo escrito. Dan lo comprendió perfectamente.

—¿Cómo está su hija Barbara? —le preguntó So-toy.

—Bien. Sí, muy bien.

«Debo de haber entrado en las páginas de *Alicia en el País de las Maravillas*», se decía Barbara. Sin embargo, había vivido ya en aquella mansión de San Francisco, y nueve meses no son mucho tiempo. Era ella la que fingía y no ellos. Estaba cenando en el suntuoso comedor, entre su madre y su padrastro, John Whittier, y aunque la pieza era más espaciosa y elegante que el comedor de la casa de Russian Hill, donde ella se había criado cuando su madre todavía estaba casada con Dan Lavette, la diferencia no era muy grande. La mesa de caoba no era más larga. Cierto que en Russian Hill no tenían mayordomo, pero aquélla no era su primera cena en casa de Whittier, y el lugar que ocupaba, entre su madre, sentada a un extremo de la mesa, y su padrastro, al otro, tampoco era nuevo para ella. ¿Por qué entonces se sentía tan ajena a aquel mundo, como una

extraña, una intrusa? La verdad era que ella había nacido en el seno de una familia muy rica, de modo que no era quién para juzgarles. «¡Pero si no los juzgo! —se decía—. Simplemente, estoy incómoda y me siento culpable sin saber por qué».

Jean era una mujer sensible, y Barbara advirtió que había preparado una cena sencilla, pero deliciosa, algo muy distinto de la comida del colegio: consomé, filete con espárragos y discos de patata y, de postre, helado, pues recordaba la pasión de Barbara por el helado. Knox, el mayordomo, entró con una fuente de porcelana de Limoges color marfil en la que descansaba una barra de helado, la dejó delante de Jean y salió del comedor.

John Whittier estaba perorando acerca de la huelga de estibadores del puerto de San Francisco, convocada dos semanas antes del regreso de Barbara. Whittier no era buen conversador; le costaba trabajo prestar atención a lo que no dijera él mismo, se dejaba arrastrar por el apasionamiento y perdía el hilo de la discusión. Siempre le ayudaba hablar en tono acusativo.

—No me digas que eres capaz de entender por qué están en huelga —dijo a Barbara.

—Pero si lo entiendo...

—¡Qué vas a entender! Eso es lo malo de los sitios como el «Sara Lawrence». Se lo dije a tu madre. No es sólo que sea un sucedáneo de educación lo que dan ahí, es que, además, es un sucedáneo comunista. Es la anarquía... y no lo digo por lo que le cuesta a tu madre y a mí personalmente.

—Déjame a mí a un lado —intervino suavemente Jean—. Yo dejé el Banco esta mañana y me he retirado de los negocios. —Sonreía.

—Eso no, querida —dijo Whittier—. Nos guste o no, somos los principales armadores de toda la Costa Oeste, y desde hace dos semanas no hemos sacado del puerto ni

una cochina libra de carga. ¿Tienes idea de lo que nos ha costado?

Se dirigía a Barbara.

Ella movió negativamente la cabeza, mirando la fuente de helado. Se estaba derritiendo. Nadie se daba cuenta. A nadie le importaba que se derritiera.

—Si te digo que un millón de dólares, ¿te lo creerías? ¿O es que un millón de dólares no significa absolutamente nada para ti? ¿Qué os enseñan en esa escuela? ¿Que Karl Marx era un santo? ¿O que tenemos a nuestro propio santo en Franklin Delano Roosevelt? ¿Sabes lo que son estibadores? ¿Has visto alguna vez a un estibador? ¿Lo has olido?

—John... —dijo Jean.

—Son la escoria de la ciudad. Nosotros les hemos puesto el pan en la boca durante todos estos años, y ellos nos lo pagan así, destruyéndonos. ¡Y tú me dices que entiendes por qué hacen huelga!

Mientras le escuchaba, Barbara veía derretirse el helado. Recordó la clase de Sociología del profesor Franklin y a éste diciendo que los ricos eran incapaces de comprender a los ricos. Entonces ella no supo lo que quería decir; pero ahora, de pronto, le encontró sentido a la frase. Una barra de helado, derretida, sólo era buena para tirar.

—Mamá —dijo—, el helado se está derritiendo.

Jean siguió sonriendo ligeramente. Miraba a su marido, y Barbara comprendió que su madre no les oía ni a Whittier ni a ella. El helado seguía derritiéndose.

—Y ese Harry Bridges —decía Whittier—, si en esta ciudad hubiera ley y orden, estaría entre rejas. Entre rejas, sí.

Barbara estaba en la cama, leyendo *Autobiografía de Alice B. Toklas*, de Gertrude Stein, intrigada y fascinada por aquel mundo tan lejano y diferente, cuando se abrió la puerta y entró Jean en la habitación. Llevaba una bata de terciopelo rosa pálido y se había quitado el maquillaje. En opinión de Barbara, ello daba mayor realce a su rostro. Si ella fuera tan hermosa como su madre, nunca usaría maqui-

llaje. Dejó el libro, y Jean se sentó en el borde de la cama, lo cogió y lo hojeó.

—¿Te gusta?

—Me gusta imaginar que estoy en París.

—Lo que importa, cariño, es si te alegras de estar otra vez en San Francisco.

—Sí. Creo que sí.

—No te preocupes por John. Está muy disgustado. Los hombres que ocupan lugares de tanta responsabilidad llegan a desarrollar una fuerte afición al poder, y ahora, con los muelles parados, está desmoralizado. No está mostrando su mejor faceta.

—Mamá...

—Antes me llamabas «mami».

—Sí, lo sé. Pero ahora tengo veinte años.

Jean sonreía.

—... y no debes reírte de mí.

—Ni soñarlo. Pero te pones tan seria...

—Sí —convino Barbara—; me pongo seria porque necesito valor para hablar de algo que...

—Hija, sabes que tú y yo podemos hablar de todo.

—No podemos —protestó Barbara en tono casi quejumbroso—. Tú eres mi madre. No es verdad que podamos hablar de todo.

Jean dejó de sonreír.

—Probemos.

—Está bien. Quiero vivir en mi propia casa.

—¿Qué quieres decir con eso de tu propia casa?

—Un apartamento para mí sola. No puedo vivir aquí.

Jean suspiró.

—La verdad es que no vives aquí en realidad. Piénsalo. Estás siempre en el colegio. Sólo quedan los meses de verano. Tu caballo está en Menlo Park y puedes alojarte en el club siempre que quieras. O mucho me equivoco o prácticamente te quedarás a vivir allí. Tienes tu propio coche, de modo que no sé a qué te refieres.

—Di que no quieres saberlo.

—Eso no es justo. Ponte en mi lugar, Barbara. Dices que quieres un apartamento para ti sola. ¿Por qué? Aquí no te falta nada. Entras y sales a tu antojo. Dirás lo que quieras de John, pero él ni limita tus movimientos ni trata de imponerte la menor disciplina.

—No es eso.

—Entonces dime qué es.

—Ésta no es mi casa. Nunca lo fue.

—¿Por qué? ¿Porque no simpatizas con John?

—Mamá, por favor, no te enfades —suplicó Barbara—. Has dicho que podíamos hablar. No creas que es fácil para mí explicar lo que siento. En el colegio hay un profesor, un tal Carl Franklin, que dirige un seminario de Sociología. Un día dijo que el Embarcadero es un mercado de esclavos, ni mejor ni peor que los mercados del Este, donde vendían a los negros. Yo me indigné tanto, que estuve a punto de salir de la clase. Y es que creen que aquí no estamos del todo civilizados.

—No entiendo qué tiene que ver eso —dijo Jean—. El Embarcadero no es un mercado de esclavos. Los estibadores están bien pagados, y sus peticiones son absurdas. ¿Por eso vas a irte a vivir sola?

—Como el helado de la cena —recordó Barbara tristemente.

—¿Qué dices? ¿El helado de la cena?

—¿No te das cuenta? Aquella enorme barra de helado, en la mesa y nosotros, dejándola derretirse mientras John me sermoneaba con la huelga. Una vez derretido, el helado no sirve para nada. Hay que tirarlo. Y a nosotros no nos importaba. Y es que ni caíamos en la cuenta. Quiero decir que no entendemos lo que supone la comida en un país en el que miles de personas se mueren de hambre.

—Pero tú sí lo entiendes —dijo Jean.

—Ya te has enfadado.

—No me he enfadado, Barbara —dijo Jean con calma—. Tú eres una niña muy romántica y siempre lo fuiste. Conozco las injusticias de la sociedad, pero nosotros no las creamos.

—No soy una niña, mamá.

—Me parece que sí. En muchos aspectos. Tienes antipatía a John y lo comparas con tu padre. No creo que ver a tu padre haya servido de algo, y esa romántica imagen que tienes de él se aparta mucho de la realidad.

—Está bien, tengo antipatía a John Whittier —dijo Barbara enfáticamente—. No puedo controlar mis simpatías ni mis antipatías. ¿Crees que me gusta vivir en su casa?

—También es mi casa. Da la casualidad de que John Whittier es mi marido y de que tú formas parte de una familia muy rica, te guste o no. No tengo intención de derramar lágrimas de cocodrilo ni de retorcerme de remordimiento por lo que mi padre y el padre de mi padre crearon con su esfuerzo y su inteligencia. Del apartamento ya hablaremos en otra ocasión.

Aquél no había sido un buen día para Jean Whittier, y ahora, al mirar a su hija, aquel rostro bonito y enérgico, con sus ojos gris pálido y aquel cabello color de miel tan parecido al de ella, y pensar que aquélla era probablemente la única persona del mundo a la que quería realmente... comprendió que el día iba a terminar mucho peor de lo que empezara.

Era su último día de presidenta del Banco Seldon, sólida institución financiera fundada por su abuelo ochenta y dos años antes, en un vagón situado en las minas de oro y continuada y ampliada por su padre. A la muerte de éste, acaecida seis años antes, Jean —a la sazón Jean Lavette, no divorciada todavía— se convirtió en depositaria de las trescientas ochenta y dos mil acciones del Banco Seldon, que doce años después deberían dividirse en partes igua-

les entre sus dos hijos, Thomas y Barbara. Con el setenta por cierto de las acciones con derecho a voto en su custodia, Jean asumió la presidencia del Banco, convirtiéndose en la primera mujer de California y acaso del país, que desempeñó este cargo en un Banco importante.

Y ahora claudicaba. Aunque, a sus ojos, no se trataba de claudicación, sino de abdicación. ¿Voluntaria o forzosa? No podía estar segura. Hasta aquel día creyó que obraba libremente, tanto en su propio bien como en el del Banco. Pero aquella mañana, al entrar en el edificio, al pasar por aquel tramo de calle revestido de mármol que quedaba frente a Montgomery Street, sintió que la acometía súbitamente una sensación de pérdida y desconsuelo. Lo cual, según se dijo inmediatamente, era una reacción sentimental y comprensible. En realidad, nada había cambiado. En su calidad de depositaria de las acciones de sus hijos, ella poseía el voto mayoritario, seguiría formando parte del Consejo de Administración y, por fin, podría volver a su mayor afición: su colección de pinturas y esculturas que, desde hacía tiempo, tenía descuidada.

Se diría, y acaso se dijera ya, que su marido, John Whittier, la había convencido, y ella reconocía que así era, pero sólo en parte. La decisión partió de ella.

Alvin Sommers, vicepresidente del Banco Seldon, estaba esperándola y acechando su llegada. Al verla entrar, salió apresuradamente a su encuentro. Observó que ella llevaba lo que, a criterio de Alvin, era traje de paisano, tafetán estampado de colores vivos con ribetes de terciopelo rosa, un modelo alegre y juvenil, según él pudo comprobar. Incluso a sus cuarenta y cuatro años, Jean Lavette —para él seguía siendo Jean Lavette— era, como decían las revistas, una de las mujeres más elegantes y atractivas de la sociedad de San Francisco. Alvin Sommers, bajo y reseco, con sus sesenta y pico y una esposa baja y gruesa, abrigó en tiempos ciertas ilusiones respecto a Jean Whittier. Era un amor frustrado y oculto, matizado de pasión y de odio, ali-